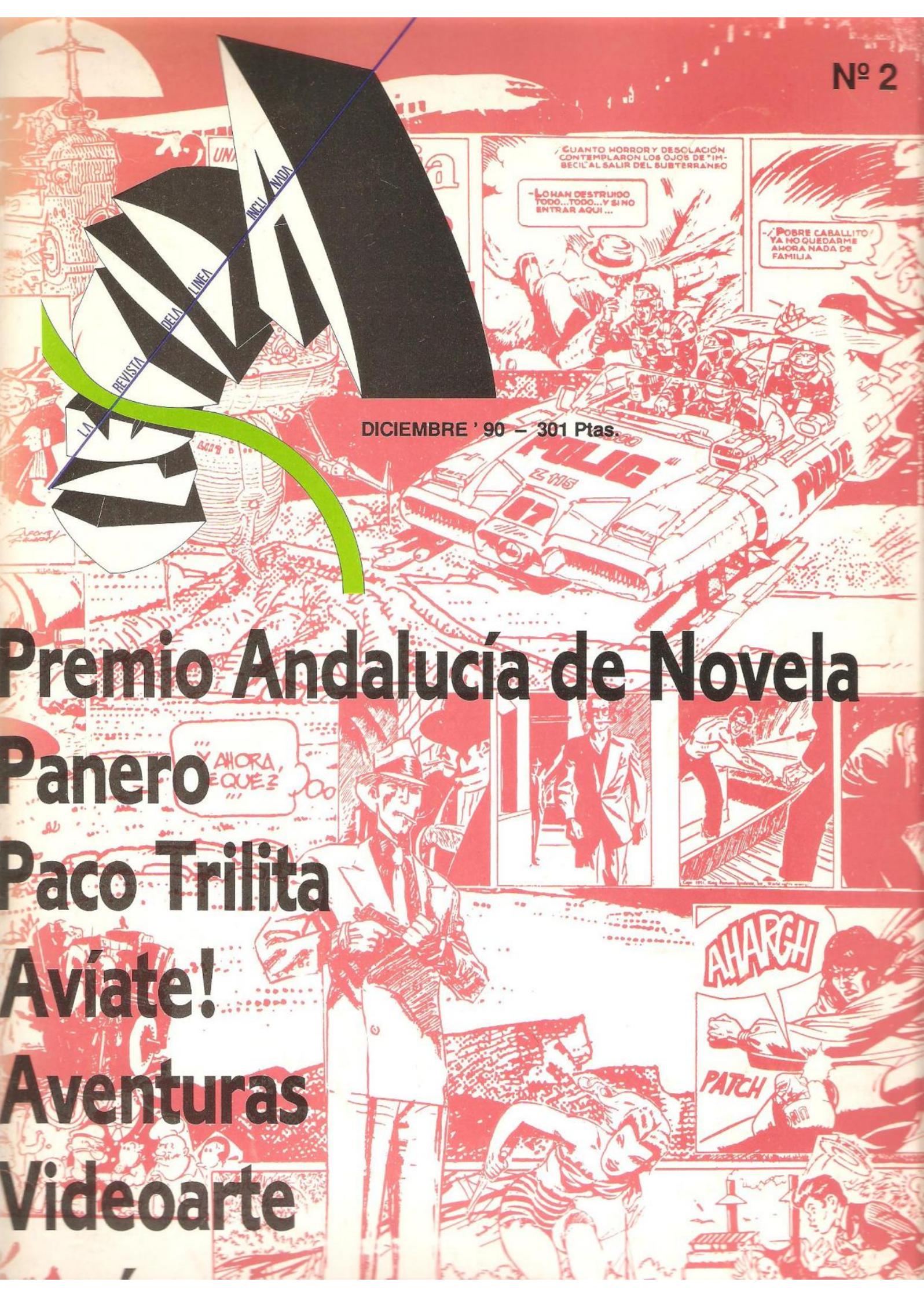


DICIEMBRE '90 - 301 Ptas.

Premio Andalucía de Novela
Panero
Paco Trilita
Avíate!
Aventuras
Videoarte



LA VIDA HUMANA COMO AVENTURA

La moderna publicidad y el 'cine americano' nos están acostumbrando a dividir lo real en dos órbitas: un horizonte trivial y cotidiano y otro cósmico, inaccesible, extra-mundano, en progresivo alejamiento del radio vital del hombre corriente. Es así como se perpetúa en nuestra sociedad la tradición mítica, las literaturas de imaginación (leyendas, libros de caballerías) y el 'chorismós' de la filosofía platónica. La aventura ha encontrado su sitio en el espacio protegido del extramundo, bien lejos de la cotidianidad y asegurándose la inscripción de su nombre con mayúsculas: en ese mundo donde todo parece referirse al héroe, donde la materia es lo más inmaterial que se pueda pensar, pues mira por el bien del afortunado personaje, zafándose de su natural inercia e inclinándose grácil y gentilmente a su voluntad, solo ahí se da la Aventura.

En este orbe extraordinario se rompen las leyes de las ciencias y las cosas por sí mismas poseen cualidades humanas, propias del espíritu; solo así podemos entender que un automóvil "piense en ti o que te ame". Estaríamos tentados de decir que el héroe de esta aventura es la nobleza de la materia. En este "El Dorado", lo imposible según las leyes de la materia que rigen el mundo de cada

día se vuelve posible. Saliendo tristemente de él nos topamos con el gris realismo de lo cotidiano, con la trivialidad e insignificancia de los hechos de que se componen nuestras vidas, con la aspereza de la materia, reintegrada a su pavorosa quietud, sorda y ciega a nuestras ilusiones y aspiraciones personales.

La escisión de lo real conduce en resumidas cuentas a ver la aventura como algo trascendental, como algo anormal. Gana vida propia, sustancial, independiente de nosotros. Pero verdaderamente la aventura no existe fuera de nosotros como realidad por sí. Hemos de sustituir la grandilocuencia de la Aventura por el espíritu aventurero. Se trataría de anular la división de la realidad y traer la aventura a nuestro "insignificante vivir cotidiano". Pero si hablar de la aventura ya no es hablar de algo distinto de "nuestra vida", estamos obligados a bucear en esta última para encontrar en sus secretos la posibilidad de insertar aquella. Ya, antes de iniciarse la inmersión -que es toda una aventura-, podemos anunciar que la aventura que cabe en lo cotidiano es de distinto rango. Si los que han embarcado la aventura hacia mares trascendentes se hubiesen tirado a las aparentemente tranquilas aguas del vivir diario, habrían descubierto en

sus profundidades la morada de la aventura existiendo como "temple vital".

.....
Querer so rprender la aventura en nuestra vida diaria no es cosa que se pueda expresar en "eslóganes" como "vive la aventura de cada día" u otros por el estilo. Nuestra vida es rebelde al cada vez más poderoso imperio de las "frases"; todavía no se ha consumado la reducción de la profundidad vital a la superficialidad de la "frase". Aún podemos vivir profundamente, ser aventureros, ser "animal de fondo" (Juan Ramón Jiménez, Dios deseado y deseante). Como tales aventurémonos a extraer de la vida sus secretos más manifiestos, sus perlas más brillantes, tanto, que nos ciegan y a fuerza de ser lo más visible no las vemos.

La vida no es algo abstracto, más bien es lo más concreto. La vida no es nunca, estrictamente, "la vida", sino siempre la vida de alguien, "nuestra vida". Esta "mi vida" o "tu vida" no es la vida biológica; esta es algo que estudia el ecólogo, el fisiólogo o el genético molecular, cada uno en "su vida". Nuestra vida consiste en encontrarnos siempre haciendo algo (caminando, leyendo, respirando); es hacer algo con/en ante las cosas o los otros. Pero la vida no es solo, ni principalmente esas actividades. Cuenta la mitología del antiguo Egipto que Isis, hermana y esposa de Osiris logró resucitarlo haciéndole tragar el ojo de

LA RATA VENGATIVA

Benjamín Castro



Horus: el ojo se presenta como la más radical característica de la vida. Recordemos nuestros infantiles libros de religión y la presencia del ojo divino incluido en un triángulo. La función del ojo es ver, darse cuenta. Todo mi hacer no sería mi existir, mi vida, si no me diese cuenta. Lo que constituye "mi vida" es el darme cuenta, la reflexión, ya decíamos que la vida era encontrarse haciendo algo, apercibirse.

Este "saber vital", previo al pensar o razonar intelectual, no es meramente un darse cuenta de algo ya hecho. El hacer en que consiste nuestro existir no está prefijado: la vida, mi vida, no nos es dada ya hecha, sino por hacer. Mi vida es una tarea por realizar en relación con cosas y personas; quien, definitivamente, se realiza en ella soy yo. Verdaderamente, yo soy lo que aún no soy; mi ser es mi vida, mi biografía. Mi vida no se reduce a unos momentos especiales, a determinadas situaciones límites, que sobresalen de la indiferente cotidianidad, sino que es vida entera porque "un golondrina no hace verano" (Aristóteles, *Ética a Nicómaco*).

.....

Recordemos que vivir no era mero hacer, pues este, la tarea, no está determinado, sino que lo realizamos nosotros según nuestro modo de ser, según nuestro proyecto vital... Aquí reside el papel de la reflexión vital. La vida, la mía, parece ser algo que se mueve entre la libertad y la fata-

lidad. Si no está determinada, nosotros la elegimos; "nosotros", es decir, nuestro saber vital, proyecto, temple, nuestro "ser". Solo desde este ámbito debemos contemplar la aventura.

En un mundo totalmente determinado no podría haber aventura. Precisamente, parece que lo que ha atraído al hombre occidental bajo la denominación de "aventura" ha sido la posibilidad de subvertir lo que parecía inmutable, prefijado. Uno de los momentos básicos de occidente se encuentra en la *Odisea*; en ella, a pesar de dividir lo real en dos dimensiones, se afirma este carácter aventurero que define al "hombre europeo". Especialmente al paso ante las Sirenas simboliza la ruptura del decreto mítico: aquel que oiga su canto caerá bajo su imperio. La ineluctabilidad de semejante determinación es violada por el héroe que escucha el canto, es atraído por él pero sigue su camino.

Lo que para Ulises es el mito, es para nosotros la ciencia y su concepción mecánica de la realidad (deliberadamente me refiero a la ciencia paradigmáticamente newtoniana y obvio la mecánica cuántica en la que parece alborear la aventura como componenete de la realidad material). La ciencia nos ha dejado el mundo compuesto de hechos regulados por leyes físico-matemáticas e insensibles a nuestros más íntimos afanes. En tal mundo manda la lógica de las leyes deterministas y

"en lógica jamás puede haber sorpresas" (Wittgenstein, *Tractatus*). Las posibilidades son las que dictan las leyes científicas de manera que si "conozco un objeto, conozco también todas sus posibilidades" (Wittgenstein, *Tractatus*). La conclusión de esta concepción del mundo y del propio Wittgenstein no puede ser más desoladora: la voluntad no puede cambiar los hechos pues estos, el mundo, no tiene nada que ver con mi voluntad. En el mundo de los hechos en sí mismos, de la desnuda aspereza de la materia, no cabe la aventura. Esta cruel visión de la realidad obliga a enviarla a otro orbe, al mundo de la fantasía. Como no nos podemos librar de ella porque forma parte de lo que somos, la transforma en fantasma. La aventura es cosa de locos en el mundo de la ciencia, del cual Don Quijote es hijo directo. También Alicia es heredera del cientifismo por que sus aventuras ocurren en otro mundo, maravilloso...

Pero si el mundo en el que nos encontramos no deja espacio, ¿dónde queda la aventura?, ¿tendremos que ceder a la trágica división de la que hablábamos?. De ningún modo. No olvidaremos tan pronto nuestro programa de devolver la aventura a nuestro mundo. La visión científica al reducirlo todo a hecho -incluida nuestra vida- se ha cegado para ver que la vida es algo que nos hacemos, que surge desde nosotros, de nuestro proyecto. Ha reducido "mi vida"

LA RATA VENGGATIVA

Benjamin Castro



a la pura facticidad; nuestro vivir sería un responder al medio. Así queda la concepción más anti-aventura de la vida: vivir es adaptarse. La ciencia ha olvidado que la vida humana también es innovación, creatividad. Aunque los hechos sean cruelmente insensibles podemos "adaptarlos" a nuestro proyecto, esto es, darles sentido. Esta tarea creadora -volver significativos los insignificantes hechos- es la propiamente aventurera. La aventura, pues, es ánimo, temple aventurero.

.....

La vida es una "ocupación". El ocuparse viene determinado por un decidir previo. El saber vital que decide -dirige- nuestra vida por hacer vida es el temple aventurero, éste "carga con la vida a cuestas".

Decimos que la vida es aburrida, tediosa. La aventura se presenta ante nuestra necesitada imaginación como lo distinto, lo especial. La publicidad se encarga de avisarla explotando el modelo de aventura como orbe de lo extraordinario: extrañas relaciones en intrincadas selvas, románticos amores en desiertas islas o en suntuosas mansiones, etc. Pero la aventura no reside en lo que se hace, sino en cómo se hace, en el temple vital. Vivir es tratar con el medio, ya sea un imponente automóvil, un lujoso chalet o un papel en blanco. Lo que hace de la vida una aventura es la relación con el medio. Vivir es encontrarse situado en una determinada situación, no elegida

por nosotros. Pero cada uno trae consigo un modelo personal de vida, un proyecto. Mi vida no es aventura cuando mi biografía discurre dirigida por el medio, cuando mi actividad es continua y devota respuesta a las exigencias de fuera. Por contra, nuestra vida es aventurada si "templamos" el medio con nuestro proyecto. Como éste es único, personal e intransferible, cada vida es única. Mi vida es obra de arte. Precisamente, la mentalidad que releva la aventura a fantasía y que dividía lo real en dos orbes, es la que reduce la aventura a los "grandes hechos" y empobrece el vivir de cada día. Sólo cuando somos conscientes de que nuestra vida es única pues es la realización de nuestro proyecto personal, y que, en consecuencia, en cada "hecho insignificante" de cada día debemos dejar nuestra impronta, solo entonces mi vida es aventura y ésta alcanza un sentido de realidad. En cada pequeño hecho debemos actuar como nosotros mismos y no como los demás los hacen, como "se" actúa, para así contribuir a la artística tarea de crear sobre la superficie de la tierra una vida única y original.

Nuestro trato con las cosas es aburrido cuando éstas "no nos dicen nada", cuando no tienen sentido, porque no las hemos incluido en lo que máximamente lo tiene: mi vida como proyecto. Para vivir así se requiere el temple aventurero. Este consigue dotarlas de sentido al ha-

cerlas parte de mi yo. Por tanto, la vida deja de ser aburrida cuando no hago lo que "se" hace, sino lo que sólo yo puedo hacer. Condición indispensable para ello es dirigir, tener mi propia vida, que no me la dirija el medio. Entonces, la vida es entretenida. La vida aventurera resulta ser, pues, vida metódica: conducida por mí, en relación a un medio, según mi proyecto personal. La aventura, frente a la vida impuesta desde fuera y que acepta el medio y sus exigencias, reside en querer realizar mi proyecto y, lo que es lo mismo, humanizar el medio, darle sentido; la aventura es voluntad de aventura. Esta es la lección más profunda de Cervantes. Don Quijote no simboliza sólo la aventura como fantasía, sino principalmente la voluntad humana de arrancarle a la materia el sentido, única aventura para la que está dispuesta la naturaleza humana: "bien podrán los encantadores quitarme la aventura, pero el esfuerzo y el ánimo será imposible" (Cervantes, El Quijote). Ese esfuerzo por ser yo, por hacerme, esa voluntad es la aventura vital del hombre.

.....

Hasta ahora hemos indagado en lo que es la vida humana y hemos encontrado en el temple aventurero su máxima realización. Don Quijote es un buen representante: en la vida como aventura intentamos desarrollar nuestro proyecto, alcanzar nuestra identidad personal que es tarea

LA BATA VENGATIVA

Benjamín Castro



artística. Si no nos esforzamos por realizarnos, si nos convertimos en boyas que van a la deriva según las corrientes dominantes en el medio que nos rodea, no lograremos "salvar" nuestro yo, se perderá para siempre como pura posibilidad que era, pues la misión que cada uno lleva es única. Solo mediante la voluntad de ser nosotros, que es voluntad de aventura, pues el yo es tarea, esfuerzo, en lucha con el medio, logrará hacer "mi vida" ... pero también en la aventura, y esto lo sabía Don Quijote, puedo perder la vida. La aventura, "mi vida", es labor de alto riesgo porque "donde sin embargo el peligro se halla, crece la salvación también" (Hölderling, *Patmos*). La voluntad de aventura expresa lo más esencial del vivir humano: solo soy yo frente a aquello que me niega. Para llegar a ser yo he de correr el peligro de dejar de ser yo. La vida es mi vida cuando se la "vive peligrosamente" (Nietzsche, *Gaya ciencia*), y solo así tiene sentido humano vivirla. El temple vital actual que encierra la aventura en un mundo maravilloso es de signo bien distinto: movido por un visión utilitaria no arriesga la vida, sino que cauta y astutamente, se adapta al medio si ello beneficia sus intereses. El riesgo es motivo más que suficiente para no actuar porque su fin parece ser el de alargar la vida a costa de no vivirla intensamente. Así como se acumula dinero u objetos de consumo, se acumula, se "interiori-

za" la vida, como si de un capital precioso se tratase, en vez de vivirla, de "jugársela" generosamente. La actitud utilitaria y calculadora mide el valor de las acciones por el fin que se consigue, por el beneficio. El temple aventurero ama la acción por sí misma: es tan alta su capacidad de ánimo que a la pregunta de porqué vives, respondería con la vida misma. Este temple es el que permite valorar todos los hechos "insignificantes". La vida como aventura es un "viaje" cuyo fin es el viajar: "pero los verdaderos viajeros son sólo aquellos que parten por partir" (Baudelaire, *El Viaje*).

El temple calculador, impersonal, antiheroico, de tanto temer a la muerte desvitaliza la vida la reduce a sumínima expresión; casi no vive, ... para no morir. Planes de ahorro, de seguros de vida, de pensiones... asegurar, ahorrar, acumular vida. La vida es un precioso don; tanto que se la congela para no perderla. El temple aventurero no ve en la muerte un obstáculo; en él prevalece el amor a la actividad. Es el peligro de muerte lo que hace vividera la vida. La momificación de la vida llevaba a la reducir las acciones vitales a acciones utilitarias. El temple aventurero también ve la vida como un precioso don y por eso la vive: vivirla no es congelarla sino darla, "regalarla". Por eso las acciones no se quedan en el minimum posible -utilidad- sino que la vida deviene esfuerzo generoso, lujoso. Para el uti-

litarismo, el mayor lujo es hacerse uno mismo porque es innecesario para la conservación de la vida. Ser uno mismo, vivir personalmente cada modesto hecho de mi biografía es los "más inútil" de la vida pero, por eso también, lo más humano. El arte de vivir "mi vida" es el adorno que más me identifica. Afrontar los peligros que ello conlleva es lo propio del temple aventurero; vivir la vida con voluntad de aventura muestra la posesión de un alma "grande", y el magnánimo "arrostrar los peligros reales y grandes, y en semejantes ocasiones hace sin titubear el sacrificio de su vida, por que esta no tiene a sus ojos tanto valor que se la deba conservar a todo trance" (Aristóteles, *Ética a Nicómaco*).

La vida aventurera es "juego" porque es algo libre, innecesario, inútil. Que sea juego no quiere decir que tal vida no sea "seria"; más bien es de lo más "grave", "pesado", porque consistía, recordemos, en llevar "la vida a cuestras". Para el temple utilitario cotidiano el juego es un modo de "pasar el rato" y el "premio" viene al final y separado del juego: la vida como aventura es fin en sí misma -como el jugar- y ella es su propio premio.

Antonio Gutierrez Pozo

LA RATA VENGATIVA

Benjamin Castro

